

Históricas Digital

Alan Knight

“Los municipios, las patrias chicas
y la Revolución Mexicana”

p. 229-266

Nación y municipio en México, siglos XIX y XX

Sergio Miranda Pacheco (coordinación)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2012

400 p.

Mapas, gráficas y cuadros

(Serie Moderna y Contemporánea 59)

ISBN 978-607-02-3502-3

Formato: PDF

Publicado en línea: 10 de diciembre de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/573/nacion_municipio.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



Los municipios, las patrias chicas y la Revolución Mexicana

Alan Knight
University of Oxford

En los últimos treinta años la historiografía de México ha experimentado tanto cambios como —yo diría— avances importantes. Tal vez se puede decir lo mismo de la historia de México en los últimos treinta años, pero esa es otra cuestión (que tocaré muy brevemente en mi conclusión). En el campo histórico que yo conozco mejor —más o menos la historia de la Revolución Mexicana y sus consecuencias, es decir el periodo 1910-1940— nos hemos beneficiado del mayor acceso a los archivos, del auge de nuevos enfoques históricos (la historia “desde abajo”, la historia oral, la historia de género, la nueva historia económica, la supuestamente nueva historia cultural), y, por supuesto, de la mejor perspectiva que alcanzamos, conforme los sucesos recientes retroceden hacia el pasado, y con la “retrovisión” (en inglés, “hindsight”) podemos mirar el pasado con más claridad y quizás más objetividad.

De todas las tendencias que han afectado la historiografía de la Revolución, la más importante ha sido, a mi modo de ver, la historia local y regional (que, muchas veces, si no siempre, involucra también

la historia “desde abajo”).¹ La gran narrativa nacional —la historia de bronce— que dominó el escenario en los años sesenta ha sido asillada por una hueste de historiadores locales, regionales y estatales que, trabajando bajo el principio de que había “muchos Méxicos”, han demostrado que también había “muchas revoluciones”. Así es que, conforme a la declinación y caída (parcial) del PRI (que además mencionaré en mi conclusión), hemos visto la declinación y caída (parcial) de la antigua narrativa nacional. Lo que no es mera coincidencia. Aparte de esta explicación política la tendencia dependía de mayor acceso a los archivos locales y estatales, de cierta descentralización del oficio del historiador en México y de la influencia de las corrientes historiográficas globales. Ahora los historiadores han querido rescatar a la gente y a los lugares descuidados de lo que Edward Thompson llamó “el enorme aire de superioridad (condescendencia) de la posteridad” (o, en el caso de la historiografía local mexicana, de los chilangos),² y pueden encontrar los archivos relevantes y, para una nueva generación de historiadores orales, a los interlocutores que vivieron el proceso revolucionario: zapatistas, villistas, maestros, y miembros de sindicatos.

Aunque en mi propia investigación he sacado mucho provecho de estos avances, nunca respondí a la “invitación a la microhistoria” de don Luis González; nunca hice la investigación local (en sí); y nunca adquirí mi propia patria chica historiográfica (tampoco el sentimiento de patriotismo chico, lo que don Luis llamó “matriotismo”).³ Mientras que he usado unos archivos locales sigo escribiendo la historia

¹Romana Falcón y Raymond Buve, “Introducción. Cuauhtitlán y Don Porfirio”, en Romana Falcón y Raymond Buve (comps.), *Don Porfirio Presidente... Nunca Omnipotente*, México, Universidad Iberoamericana, 1998, p. 15-16, y Carlos Martínez Assad, *Los sentimientos de la región. Del viejo centralismo a la nueva pluralidad*, México, Instituto Nacional de Estudios sobre la Revolución Mexicana/Océano, 2001, p. 17-79.

²E. P. Thompson, *The Making of the English Working Class*, Harmondsworth, Penguin, 1968, p. 13.

³Luis González y González, *Invitación a la microhistoria*, México, SepSetentas, 1973, y, del mismo autor, “Patriotismo y matriotismo, cara y cruz de México”, en Cecilia Noriega Elio (coord.), *El nacionalismo en México*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1992, p. 477-496.

nacional (sin repetir, espero, la antigua narrativa nacional, aunque probablemente acepto algunas partes de ésta que los “jóvenes turcos” revisionistas rechazarían). Por tanto, tengo un problema en este coloquio, que trata la historia de los municipios, en el sentido de que no tengo mi propio municipio para armar un análisis “desde abajo”. En cambio, ofreceré un resumen histórico más general que, sin limitarse a una perspectiva puramente “desde arriba”, incluirá ambas perspectivas (nacional, desde arriba, y local o regional, desde abajo). Porque, como muchos historiadores, creo que gran parte de la historia del México revolucionario depende de esta relación dialéctica. Además, la poca ventaja comparativa que quizás tiene el historiador nacional en este coloquio es la capacidad de integrar la gran variedad de las historias locales y regionales en una suerte de patrón nacional (por sencillo que sea), contrarrestando así la tendencia hacia una fragmentación cada vez más compleja de la Revolución, que, a fin de cuentas, nos impide hablar de la Revolución (en su totalidad) de una manera útil.

Trataré esta dialéctica bajo cuatro rubros:

- I un resumen rápido y algo anecdótico del localismo, de los “muchos Méxicos”;
- II un breve análisis de las unidades subnacionales y sus orígenes: los estados, las regiones, los municipios y los pueblos, es decir, todas las patrias chicas que el estado-nación tuvo que acomodar, abrazar o reprimir;
- III una discusión más larga de la lógica y de las lealtades que recalcaban estas unidades, es decir, los factores económicos, políticos y culturales; y
- IV por último, una breve conclusión que toca la relación entre estas unidades y el estado-nación, durante la Revolución y hoy en día.

Formas de campanilismo

En primer lugar, claro está que a través de su historia los mexicanos han trazado sus propias experiencias en varios mapas mentales que subyacían en el gran mapa —el “mega mapa”, si se quiere— de la

nación. Eric Van Young, enfatizando las lealtades locales y particulares de la Nueva España a fines de la colonia, ha acuñado la útil palabra “campanilismo”⁴ para describir la mentalidad de los que no miraron más allá de lo que se veía desde la azotea de la torre de la iglesia del pueblo; todo lo demás —la región, la nación (o colonia), el mundo— no contaba y apenas entraba en la conciencia popular. Es decir, para la gente común no existía un “mega mapa”. Uno puede debatir en que medida esta interpretación —compartida por otros investigadores⁵— es válida, especialmente en cuanto a sus conclusiones negativas,⁶ pero no se puede negar que las preocupaciones y lealtades locales permanecieron fuertes, desde la colonia, a través del siglo diecinueve, y durante la Revolución.

Por ejemplo, cuando Hans Gadow viajaba por el sur de México en los 1900, llegó al pueblo chontal/mixteco de San Bartolo en Oaxaca: una comunidad, informó, donde la gente “parecía obsesionada con su municipio” (*seemed to have their municipality on the brain*).⁷ Unos veinte años después, cuando el economista Stuart Chase vino a Tepoztlán, la primera pregunta que le puso un curioso chamaco fue: “de cual pueblo viene usted?”⁸ Una versión muy común de este “campanilismo” moderno era la idea de que, fuera del pueblo, la gente y el mundo eran intrínsecamente peligrosos; viajar fuera del pueblo, entonces, era muy

⁴ Eric Van Young, *The Other Rebellion*, Stanford, Stanford University Press, 2001, p. 483.

⁵ Por ejemplo François-Xavier Guerra, *Le Mexique. De l’Ancien Regime à la Révolution*, 2 t., Paris, L’Harmattan, 1985, y Fernando Escalante Gonzalbo, *Ciudadanos imaginarios*, México, El Colegio de México, 1992.

⁶ Es decir, no es una cuestión de negar la existencia del sentimiento localista o regionalista (el “matriotismo” de Luis González); más bien, es negar el conocimiento de —y la lealtad a— la nación (es decir, el “patriotismo”) que está en tela de juicio.

⁷ Hans Gadow, *Through Southern Mexico*, London, Witherby, 1908, p. 214-17.

⁸ Stuart Chase, *Mexico. A Study of Two Americas*, New York, The Literary Guild, 1931, p. 9. Por supuesto, en este contexto la palabra “pueblo” es ambigua; puede ser que el chamaco se refirió a “pueblo” en el sentido o de comunidad/ciudad o de gente/nación; mi sugerencia —y la interpretación del propio Chase— es que quiso decir pueblo/comunidad/ciudad.

riesgoso (y, de hecho, durante y después de la Revolución muchas veces lo era).⁹ En particular, la gente del pueblo vecino o del valle colindante eran villanos: “mala gente [...] brutos y asesinos”; “les gustaba matar por gusto”; “nomás sacan sus pistolas y matan”.¹⁰ Mientras que la gente de su propio pueblo recurre a la violencia solamente en su propia y legítima auto defensa, los de afuera matan por mero capricho.¹¹ El propio pueblo, entonces, es superior: es más antiguo, más trabajador, y más honorable que sus rivales.¹² Por supuesto, los políticos locales se aprovecharon de estos sentimientos “matriotistas”: un folleto electoral de Taxco (c. 1930) proclama: “mi pueblo: tus hombres son hospitalarios, decentes, honorables, sencillos y valientes [...] tus mujeres son vasos de perfume, bellas ángeles, ninfas encantadoras [...] (y) verdaderas diosas de la belleza”.¹³ Tales actitudes fueron reforzadas por las intensas rivalidades que afectaron al México provincial, al nivel de la ciudad, Tuxtla Gutiérrez contra San Cristóbal o Juchitán contra Tehuantepec; al nivel del municipio o pueblo, San José de Gracia contra Mazamitla,¹⁴ Naranja contra Cherán,¹⁵ Tacuaro contra Ichán,¹⁶ Paricutín contra San Juan Parangaricutiro,¹⁷ Villa Guerrero contra Totatiche,¹⁸ Amilpas

⁹ Etzuko Kuroda, *Bajo el Zempoaltepetl*, Oaxaca, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1993, p. 45-46.

¹⁰ Michael Kearney, *Los vientos de Ixtepeji*, México, Instituto Nacional Indigenista, 1971, p. 35-36.

¹¹ Philip Adams Dennis, *Conflictos por tierras en el Valle de Oaxaca*, México, Instituto Nacional Indigenista, 1976, p. 152-153 y 156.

¹² *Ibidem*, p. 29, 75, 80 y 133-135.

¹³ William Spratling, *Little Mexico*, New York, Peter Smith, 1947, p. 115-17.

¹⁴ Luis González y González, *Pueblo en vilo. Microhistoria de San José de Gracia*, México, El Colegio de México, 1968, p. 71, 130.

¹⁵ Paul Friedrich, *The Princes of Naranja*, Austin, University of Texas Press, 1986, p. 162.

¹⁶ Moisés Sáenz, *Carapan*, Lima, Librería Gil, 1936, p. 21 y 69.

¹⁷ Jennie Purnell, *Popular Movements and State Formation in Revolutionary Mexico*, Durham, Duke University Press, 1999, p. 1, 3, 6, 142, 154-158.

¹⁸ Robert D. Shadow y María J. Rodríguez-Shadow, “Religión, economía, y política en la rebelión cristera: el caso de los gobiernistas de Villa Guerrero, Jalisco”, *Historia mexicana*, México, El Colegio de México, v. 43, n. 4, 1994, p. 657-699.

contra Soyaltepec,¹⁹ Teitepec contra Jalieza,²⁰ Yalalag contra Villa Alta,²¹ e Ixtepeji contra Ixtlán (o, para ser más preciso, Ixtepeji contra Ixtlán, Lachatao, Latavi, San Miguel del Río, Amatlán, Atepec, Calpulalpan, Anasco, San Juan Chicomezúchil y Tlalixtac de Cabrera).²²

Estas lealtades duraderas y rivalidades locales (a las cuales volveré) fueron sobrepuestas por lazos más amplios con las regiones y los estados. Mientras que las comunidades de la Sierra Juárez de Oaxaca se peleaban entre sí, al menos estaban de acuerdo en que la gente del Valle de Oaxaca era mala: “el valle está lleno de asesinos. Pero aquí en la sierra solo hay buena gente”.²³ (Si este matriotismo local parece tanto irracional como etnocéntrico, probablemente no es peor que el patriotismo nacional que también puede producir marcadas contorsiones mentales, basadas en el antiguo lema de Stephen Decatur: “nuestra patria, tenga la razón o no” [*our country, right or wrong*]).

Al nivel regional también encontramos elogios de la patria chica (regional), como la Huasteca, y campañas políticas para crear nuevos estados basados en las regiones —el Istmo, la Sierra Norte de Puebla y, otra vez, la Huasteca.²⁴ Tales campañas se vieron en el Congreso Constituyente de Querétaro en 1916-1917, una asamblea en donde un vigoroso nacionalismo co-existía con un robusto “matriotismo” regional y estatal, con atrevidas afirmaciones de la superioridad sonoreense,

¹⁹ Philip Adams Dennis, *Conflictos por tierras en el Valle de Oaxaca*, México, Instituto Nacional Indigenista, 1976

²⁰ Anselmo Arellano Meixueiro, *Oaxaca. Reparto de la tierra, alcances, limitaciones y respuestas*, Oaxaca, Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca, 1999, p. 162.

²¹ Julio de la Fuente, *Yalalag: una villa zapoteca serrana*, México, Museo Nacional de Antropología, 1949, p. 253-254.

²² Michael Kearney *Los vientos de Ixtepeji*, México, Instituto Nacional Indigenista, 1971, p. 51, 58. El número de ejemplos oaxaqueños en este surtido (citas 19-22) refleja, quizás (1) la gran cantidad de pueblos y aldeas en el estado; (2) la fragmentación política que fomenta y sostiene disputas locales; y (3) la concentración de estudios antropológicos en el mismo.

²³ Michael Kearney, *op. cit.*, p. 37.

²⁴ Eutiquio Mendoza Vargas, *Gotitas de placer y chubascos de amargura. Memorias de la Revolución Mexicana en las Huastecas*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1998, p. 31-32 y *Diario de los debates del Congreso Constituyente*, t. II, México, 1960, p. 282, 323, 522-3.

y airadas defensas de la trayectoria política de Oaxaca durante la Revolución.²⁵ Un poco antes, desde luego, el estado de Oaxaca se había separado de la Federación, y esfuerzos parecidos se hicieron, con menos éxito, en Yucatán. Un ejemplo más pacífico y cotidiano del separatismo mental yucateco ocurrió cuando el antropólogo Manuel Gamio, estando en Mérida (c. 1915) pidió una cerveza y le preguntaron si quería cerveza “extranjera o nacional”. “Extranjera, contesté, imaginando que me servirían cerveza alemana o americana. Pocos instantes después se presentó el criado trayendo en flamante charola una cerveza XX de Orizaba”.²⁶ Yucatán fue un caso extremo de un fenómeno común —el patriotismo estatal— que quizás se fortaleció con la Revolución y los procesos de migración y mezcla cultural que provocó. Unos años después, por ejemplo, una nueva comunidad de hasta 300 familias fue fundada en la Isla del Bosque, en el municipio de Escuinapa, Sinaloa, bajo la égida de una Misión Cultural. Los migrantes vinieron de varios estados. Pero el resultado fue, al principio, desastroso:

Las ideas políticas y religiosas, las costumbres, las distintas tonalidades de la voz, las actitudes cotidianas en su gran diversidad, eran motivo de burla mutua e impedían el entendimiento en aquella abigarrada población. El catolicismo exagerado de los jaliscienses contrastaba demasiado con el liberalismo del sinaloense. La *lengua mocha* de los nayaritas causaba risas a los zacatecanos, la joven sinaloense, tan influida por la cercanía de la frontera con los Estados Unidos, con el pantalón ajustado o la falda *una cuarta* arriba de las rodillas, se mofaba de la michoacana por la *falda corrida hasta el huesito*, como dijera López Velarde[...].²⁷

Por supuesto, estos rasgos y prejuicios locales y regionales son evidentes en todas partes del mundo, pero claro está que en el México

²⁵ Véase el reporte del debate entre los constituyentes Rivera Cabrera, Alonso Romero y otros, *El Pueblo*, 1 de febrero 1917.

²⁶ Manuel Gamio, *Forjando patria*, México, Porrúa, 1982 [1916], p.12.

²⁷ José Sánchez Jiménez, “Mi participación en la gesta educativa”, en *Los maestros y la cultura nacional, 1920-52*, t. 2, *Centro*, México, Secretaría de Educación Pública, 1987, p. 164.



revolucionario eran importantes y duraderos, pesaban en la política y, por tanto, merecen cierta explicación. En primer lugar, entonces, voy a considerar la cuestión de las unidades, de las categorías espaciales, que estaban en juego.

Las unidades subnacionales y sus orígenes

Primero, ¿cuales son las unidades subnacionales relevantes? Aunque mucho de lo que sigue tiene que ver con lazos afectivos —los sentimientos de la gente, sus lealtades subjetivas— también vale considerar tendencias y realidades más objetivas, aun si escapan al conocimiento de los propios actores históricos. Creo que es útil proponer cinco niveles de organización espacial: de arriba a abajo, el estado-nación, los estados de la Federación, las regiones (dentro de los estados, pero que a veces cruzan los límites estatales), los municipios, y los pueblos individuales. Se pueden describir muy escuetamente los orígenes históricos de cada uno. El estado-nación de México (que, desde luego, no es mi tema, pero que mencionaré en mi conclusión) está basado en el reino de la Nueva España, menos el gran trozo que arrebató Estados Unidos en los 1840, más el pedazo menor (Chiapas) que se separó de Centroamérica y se unió a México, declarando “mejor cola de león que cabeza de ratón”.

Los estados de México, reconocidos en la Constitución federal de 1824, se basaron en las intendencias borbónicas, establecidas en la década de 1780. Por supuesto, se crearon nuevos estados, tallados de los proto-estados/intendencias (por ejemplo, Morelos, Guerrero, Aguascalientes); y, como mencioné, otros estados nuevos (del Istmo, de la Huasteca) fueron propuestos en vano. Especialmente en los extremos noroeste y sudeste del país, los territorios federales también se volvieron estados. Los estados entonces gozaron de límites más o menos claros, dentro de los cuales se nutrieron, quizás especialmente entre las elites letradas, unas genuinas lealtades —a Sonora, a Oaxaca. Además, podemos suponer —aunque la cuestión nos conduzca a las honduras de la historia colonial— que los reformistas borbónicos, no obstante su manera de pensar algo ilustrada pero despótica, no trazaron líneas totalmente arbitrarias a través del mapa de la Nueva España; de

hecho, los límites coloniales españoles, quizás porque duraron casi tres siglos, han resultado más firmes y menos contenciosos que los trazados por poderes imperialistas más efímeros en la África subsahariana y el Medio Oriente.

El tercer nivel, la región, no era necesariamente reconocida por los políticos y los trazadores de mapas; puede ser un conjunto de municipios (con sus límites formales), pero como tal no tiene realidad formal; forma parte del *pays réel*, no del *pays légal*.²⁸ Hay varios ejemplos: como no se definen conforme claros criterios administrativos, deben ser inferidos de los procesos históricos y de las opiniones subjetivas. Incluyen, entre otros: la Huasteca, la Sierra Norte de Puebla, el Istmo, La Laguna, la Sierra de Juárez en Oaxaca. He comentado ya los esfuerzos hechos en Querétaro para establecer nuevos estados de la Huasteca, de la Sierra Norte, o del Istmo. La Laguna jugó un papel importante en la revolución armada (mas que nada villista) y en el reparto agrario cardenista; hay evidencia que sugiere que los laguneros —no obstante ser un grupo de migrantes y pobladores, no miembros de comunidades antiguas— forjaron sentimientos “matriotistas” compartidos. En Oaxaca, un estado donde las lealtades locales y regionales eran muy fuertes, la compleja política del periodo revolucionario provocó conflictos entre la ciudad de Oaxaca y la vallistocracia por un lado, y tanto los juchitecos del Istmo como los serranos de la Sierra Juárez, los antiguos enemigos de la gente del valle, por otro lado.²⁹

En cuarto lugar llegamos al municipio, el enfoque principal de este coloquio. Como bien sabemos, un problema con esta unidad es que su tamaño varía enormemente: desde las grandes ciudades como México y Guadalajara (o, al menos, sus núcleos centrales) hasta los

²⁸ Sáenz 1936, p. 160, describe cuatro instancias de autoridad política: el presidente (en ese momento, Abelardo Rodríguez); el gobernador del estado (de Michoacán: Benigno Serratos); el presidente municipal; y el jefe de tenencia: todos representantes del *pays légal*, pero, como demuestra su propia historia, existe otra instancia clave, entre la gubernatura y la presidencia municipal: la autoridad del poderoso cacique de los Once Pueblos (es decir, de la región), Ernesto Prado.

²⁹ Alan Knight, *La revolución mexicana*, t. I, México, Grijalbo, 1996, p. 413-21.

muchos —alrededor de 600— mini-municipios del estado de Oaxaca.³⁰ Sin embargo, todos tienen en común una comunidad central (ciudad o pueblo), cuya autoridad deben respetar (quizás a regañadientes) los habitantes del municipio; a veces el municipio tiene su propia “personalidad” y hasta su apodo (por ejemplo, los chayotes, burros y machetes de Tenancingo, Villa Guerrero y Zumpahuacan en el sur del Estado de México).³¹ Frecuentemente, y especialmente en el centro y sur del país, el municipio tiene una larga historia como comunidad y se remonta a pueblos precolombinos, por tanto, es mucho mayor que los estados de la Federación. En el centro y en el sur, como Lockhart ha demostrado bien, los pueblos coloniales —que después se volvieron los municipios de la República— a veces tienen sus orígenes en los *altepetl* del imperio azteca (o los *cahob* de los estados de la región maya).³² Estos “estados-ciudad” eran los ladrillos que formaban los estados e imperios mesoamericanos; de hecho, podemos generalizar más ampliamente y calificar el estado-ciudad —es decir, un pueblo central más sus alrededores dependientes— como la unidad sociopolítica básica de la Europa mediterránea, que se ve en la Grecia clásica, detrás de la fachada del imperio romano,³³ y en la Italia medieval, siglos antes del nacimiento del estado-nación. Quizás esta forma de comunidad era una respuesta “natural” a las exigencias del transporte y de las comunicaciones en tiempos pre-industriales. (Quizás también reflejaba unas limitaciones antropológicas que tienen que ver con el número de personas que pue-

³⁰ Dennis, *op. cit.*, p. 32-33. Sobre la formación de los municipios oaxaqueños: Rodolfo Pastor, *Campeños y reformas: La Mixteca, 1700-1856*, México, El Colegio de México, 1987, p. 420-421.

³¹ Pablo Castro Domínguez, *Chayotes, burros y machetes*, Toluca, El Colegio Mexiquense, 2003.

³² James Lockhart, *Nahuas and Spaniards*, Stanford, Stanford University Press, 1991, cap. 2; Matthew Restall, *The Maya World*, Stanford, Stanford University Press, 1990, cap. 2. Para un estudio reciente y detallado del *altepetl* después de la Conquista, véase Federico Fernández Christlieb y Angel Julián García Zambrano, *Territorialidad y paisaje en el altepetl del siglo XVI*, México, Fondo de Cultura Económica, 2006.

³³ Robin Lane Fox, *The Classical World*, London, Penguin, 2006, p. 24-28; Peter Brown, *The World of Late Antiquity*, London, Thames and Hudson, 1971, p. 60-62.

den conocerse y relacionarse cara a cara). Y, desde el punto de vista de la corona española, ofrecía una manera práctica para gobernar y extraer recursos de sus lejanas colonias. La lógica del “imperio indirecto”, entonces, fortalecía estas comunidades fundamentales.

Mientras que muchos municipios mexicanos evolucionaron de los *altepetl* precolombinos (por ejemplo: Cholula, Tlaxcala, Huejotzingo, Cuernavaca), había otros que nacieron después, conforme los procesos de asentamiento colonial y pos-colonial: nuevas congregaciones indígenas; ciudades españolas planificadas, como Puebla; reales de minas en el norte, como Zacatecas y Parral; y, después, nuevas comunidades fronterizas, como San José de Gracia en Michoacán o Namiquipa en Chihuahua, talladas del territorio “virgen”, conforme avanzaba el crecimiento demográfico y la expansión del poder del estado.³⁴ Los municipios mayores podían dominar sus localidades, económica, política, y culturalmente; podemos llamarlos “municipios primatos” (por ejemplo, México, Monterrey, Guadalajara, Oaxaca). Sus comunidades sujetas podrían resentir esta dominación, pero no podían resistirla eficazmente. Las rivalidades diádicas de las grandes ciudades, entonces, tuvieron que ver con otras ciudades más lejanas: por ejemplo, la rivalidad distante de México y Guadalajara, o la hostilidad más cercana y más intensa de Tuxtla y San Cristóbal, o de Tehuantepec y Juchitán. Un patrón más común involucraba cabeceras menores (no “primatas”) que se enfrentaban a rivales crecientes —sujetos que querían liberarse de la cabecera para volverse municipio nuevo y autónomo o, peor aún, convertirse en cabecera en vez de la actual. En la medida en que estas comunidades eran entidades dinámicas, no estáticas, que crecían o disminuían conforme a los ritmos demográficos y económicos, tales tensiones eran comunes, los cambios en el estatus relativo ocurrían frecuentemente, y los temores de la remoción municipal, o los sueños de promoción, eran reales y no ilusorios.³⁵

³⁴ González y González 1968 y Daniel Nugent, *Spent Cartridges of Revolution*, Chicago, University of Chicago Press, 1993, caps. 2 y 3.

³⁵ Por ejemplo, la competencia entre Ixtepeji e Ixtlán en Oaxaca, o Chan Kom y Ebtun en Yucatán: Kearney 1971, p. 36; Robert Redfield, *A Village That Chose Progress. Chan Kom Revisited*, Chicago, University of Chicago Press, 1970 [1950],

Por último, llegamos a los sujetos, las muchas comunidades menores que existían bajo la autoridad de la cabecera, a veces agraviadas de su poder y prestigio. Por supuesto, este esquema de cinco niveles no agota todas las posibilidades de la desagregación espacial, ya que muchos pueblos contenían distintos barrios (unos hostiles a otros)³⁶ y el campo mexicano está poblado de aldeas y rancherías que, estando usualmente al margen de los conflictos municipales, no figuran en el análisis que sigue.³⁷

La lógica de las lealtades

Los orígenes, en sí, no explican la vitalidad duradera de las lealtades locales, regionales y estatales. Ahí tocamos una cuestión que ha sido poco estudiada: sabemos que los “muchos Méxicos” implican “muchas lealtades” o “muchos matriotismos”; pero ¿cómo se explica este fenómeno, qué no se puede tener por sentado?

La revolución mexicana, tanto en su fase armada (1910-20) como en su periodo subsecuente de institucionalización (1920-40), dependió de la movilización de miles de mexicanos —los que la apoyaron y los que la opusieron— (voluntariamente: por ejemplo, los porfiristas, huertistas, felicistas, cristeros y sinarquistas).³⁸ Ese fue el meollo de la Revolución, incluso, se puede decir que ese es el meollo de toda revolución social. Para que la movilización voluntaria fuera suficiente, los mexicanos tuvieron que tener motivos suficientes para tomar las armas y correr los grandes riesgos de rebelión. Cuando, hace veinte años, escribí *La Revolución Mexicana*, sugerí que había cinco motivos

p. 1-21, y Pablo Castro Domínguez, *Chayotes, burros y machetes*, Toluca, El Colegio Mexiquense, 2003, p. 241-242, describe tensiones parecidas en el Estado de México.

³⁶ Kearney, *op. cit.*, p. 33; Robert Redfield, *Tepoztlán. A Mexican Village*, Chicago, University of Chicago Press, 1930, cap. 4.

³⁷ Por ejemplo, en la prolongada lucha entre Amilpas y Soyaltepec (Oaxaca), los habitantes (mixtecos) de las rancherías circundantes quedaban al margen: Dennis, *op. cit.*, p. 166-167.

³⁸ Obviamente, el reclutamiento forzoso —por medio de la leva, especialmente en 1913-1914, bajo Huerta— es otra cosa y no demuestra una movilización popular voluntaria.

o lealtades principales;³⁹ a estos cinco agregaría dos más que, no obstante fueran menos importantes, vale tomar en cuenta. Los siete son: (1) clase social; (2) grupo étnico; (3) el estado, la región o el pueblo (es decir, una lealtad espacial o comunal, lo que más me preocupa en esta ponencia); (4) la facción o clientela; (5) la ideología (por ejemplo, el liberalismo, el anarquismo, el socialismo, el catolicismo); (6) la edad o generación y (7) el género.

En esta ponencia, repito, me preocupa la tercera categoría, pero, obviamente, estos varios motivos o lealtades coincidieron, se mezclaron, y estimularon a los individuos de una manera muy compleja; cuando tratamos las lealtades “espaciales” o “comunales” (la categoría tres) debemos ver como se relacionan con las demás. Por ejemplo, un zapatista (no quiero decir un “zapatista típico”, ya que no existía) podía compartir (1) un sentido de clase social, como campesino; (2) posiblemente un sentido de ser indígena;⁴⁰ (3) una lealtad al pueblo de Anenecuilco o al estado de Morelos; (4) una lealtad a uno de los cinco principales grupos zapatistas, y a su líder;⁴¹ (5) un compromiso con el “liberalismo popular y patriótico”, aunado a un sentimiento agrarista; quizás (6) un sentido de pertenecer a una generación joven, que se enfrentaba a la gerontocracia porfirista y científica; y tal vez (7) un modo de pensar paternalista, incluso macho.⁴²

³⁹ Knight, *La revolución...*, 1996, t. 1, p. 22-23.

⁴⁰ La cuestión de la identidad étnica de los zapatistas es compleja; no debemos asumir una identidad monolítica en un movimiento de tal extensión y duración; y tampoco debemos confundir la(s) identidad(es) de los propios zapatistas con los estereotipos —usualmente muy negativos— que les atribuyeron los de afuera, como, por ejemplo, los hacendados morelenses o los temerosos habitantes de la ciudad de México: John Womack Jr., *Zapata and the Mexican Revolution*, New York, Knopf, 1969, p. 41-42, 70-71, 187. El nuevo estudio de Felipe Arturo Ávila Espinosa, *Los orígenes del zapatismo*, México, El Colegio de México, 2001, también enfatiza motivos agrarios, locales y campesinos en vez de étnicos.

⁴¹ Francisco Pineda Gómez, *La revolución del sur, 1912-1914*, México, Era, 2005, p. 51.

⁴² El problema con subrayar el machismo o el paternalismo de los revolucionarios (que, sin duda existían) es que las mismas características se veían al otro lado de las barricadas, entre los porfiristas, los huertistas, los felicistas, los cristeros, los sinarquistas, etcétera. Por tanto, este síndrome no ofrece un criterio muy claro y

Esta lista está fundada en la idea que no hay una sola lealtad, ni un solo motivo, que determina la actuación revolucionaria, incluso “en la última instancia”. Personalmente, creo que la clase social fue probablemente el factor más importante en determinar la actuación revolucionaria (y contrarrevolucionaria). Explica gran parte de la actuación de Díaz y los Científicos, de Zapata, de Huerta y (con mucho matizar) de Madero. Madero también obedeció a motivos ideológicos (su liberalismo no se puede deducir mecánicamente de su posición como miembro de la clase terrateniente norteña). El catolicismo social contemporáneo también tuvo hondas raíces ideológicas: no reflejó una sencilla motivación clasista, de hecho, hubiera sido muy difícil distinguir a los militantes católicos (de la Liga Nacional de la Defensa Religiosa, por ejemplo) de sus contrincantes anticlericales callistas, conforme un criterio de clase social. Después de 1914, las lealtades faccionales o clientelistas, nutridas durante los años de lucha armada, cobraron fuerza y fortalecieron el caudillismo de Villa, Carranza, Obregón y otros cabecillas menores; muchos revolucionarios lucharon como “la gente” del general Fulano de Tal y sus decisiones —para apoyar a Villa o a Carranza en 1914-1915, a Carranza o a Obregón en 1920, a Obregón o a De la Huerta en 1923-1924— giraron alrededor de cálculos clientelares (no solamente consideraciones clasistas o ideológicas).⁴³ Y hacia la década de 1920, cuando el conflicto entre Estado e Iglesia comenzó a dominar el escenario político, la ideología (que no se puede reducir sencillamente a un criterio anterior de clase social) se volvió crucial; los cristeros no fueron solamente los peones —en ambos sentidos de la palabra— de terratenientes reaccionarios que utilizaron el catolicismo para oponerse a un estado reformista y agrarista; la militancia católica fue una fuerza ideológica autónoma e importante.⁴⁴

eficaz para distinguir entre los revolucionarios y sus contrincantes, de la manera que —por ejemplo— las lealtades de clase, de localidad, o de ideología sí los distinguen.

⁴³ Knight, *La revolución...*, 1996, t. II, p. 823-855.

⁴⁴ Que es el meollo de la tesis revisionista de Jean Meyer, *La Cristiada*, 3 tomos, México, Siglo XXI, 1973-1974; tesis que ha sido matizada, pero en muchos aspectos reforzada, por estudios más recientes, como Matthew Butler, *Popular Piety and Political Identity in Mexico's Cristero Rebellion: Michoacan, 1927-29*, Oxford, Oxford University Press, 2004.

Entonces, ¿cómo podemos ubicar mi categoría tres —la lealtad espacial o comunal— dentro de esta gama de lealtades y motivos? En primer lugar, las comunidades locales fueron frecuentemente los sitios donde se sintieron los agravios y ocurrió la movilización. Tal vez es así en todas partes, en cierta medida: “toda política es política local”, como dijo un prominente político norteamericano.⁴⁵ Pero hay formas de movilización o militancia que no siguen ni patrones espaciales ni modos de expresión comunales: por ejemplo, con las organizaciones masivas como los sindicatos industriales y los centrales obreros de los años treinta, que —en muchos casos— trascendieron las comunidades locales y se basaron en una legitimidad clasista, no espacial o comunal;⁴⁶ aún más claramente, la militancia de individuos, clubes, y familias (como la familia Serdán de la ciudad de Puebla), no obstante que se desarrolló en comunidades particulares, no reflejaba la opinión mayoritaria de la comunidad y justificaba su postura con reclamaciones ideológicas generales (en este caso, liberales, antirreleccionistas y maderistas) que trascendieron el particularismo poblano. François-Xavier Guerra enfatizó —con razón— las diferencias entre las ideas locales y particulares y las de mayor abstracción y generalidad, pero se equivocó, a mi modo de ver, cuando trató de comprimir estas diferencias en una sencilla dicotomía “tradicición/modernidad”.⁴⁷ Se equivocó porque no es cierto que la movilización local o regional es necesariamente “tradicional”: hay bastante en el México actual, el México moderno, o posmoderno.⁴⁸

⁴⁵ *All politics is local politics*: palabras de Tip O’Neill, vocero (“speaker”) de la Casa de Representantes.

⁴⁶ Obviamente, las particularidades locales todavía contaban, especialmente en casos de “pueblos de la compañía” (*company towns*), donde la autoridad de la empresa se confundía con la del municipio (por ejemplo, Cananea). Sin embargo, después de 1917, había una fuerte tendencia hacia la formación de organizaciones obreras “supra-locales”, de carácter nacional y clasista.

⁴⁷ Guerra 1985. He aclarado mis diferencias con Guerra en Alan Knight, “La revolución mexicana de François-Xavier Guerra: coincidencias y discrepancias”, en Elisa Cárdenas Ayala y Annick Lempérière (coords.), *Una ausencia que convoca. Homenaje a François-Xavier Guerra*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 2007, p. 103-122.

⁴⁸ Martínez Assad 2001, p. 377-396. Otro ejemplo, que los analistas “regionales” suelen olvidar, es el narcotráfico, cuyos carteles se denominan con etiquetas

Tampoco son las alternativas —la movilización basada, por ejemplo, en clubes políticos o logias masónicas— tan “modernas”, ya que tienen una historia de unos dos siglos, tanto en México como en otros países.⁴⁹

Durante la revolución armada la lealtad y la movilización espaciales, basadas en la comunidad, fueron cruciales. Aunque las comunidades no eran monolíticas y no hablaban con una sola voz, había claros patrones de protesta —y de quietud— que muestran una lógica espacial o geográfica. Morelos era más revolucionario que Oaxaca, Chihuahua que Chiapas. La parte oriental de Morelos era más revolucionaria que la parte occidental.⁵⁰ Unos municipios en la Sierra Madre Occidental de Chihuahua (Namiquipa, Casas Grandes, San Andrés) eran marcadamente revolucionarios, como también lo era La Laguna. En contraste, el Bajío era más quieto. Algunos pueblos se identificaban fácilmente como revolucionarios: Matamoros, en La Laguna; Cuchillo Parado, en la frontera norte; el Anenecuilco de Zapata; Xochiapulco, en la Sierra Norte de Puebla; y Tamazunchale en la Huasteca (como dijo un observador: “siempre hay revolución en Tamazunchale”).⁵¹ En Oaxaca, Ixtepeji —“el único brazo carrancista en la Sierra”— fue arrasado y su población desparramada debido a su compromiso revolucionario insólito y atrevido.⁵² En los límites del Estado de México y del Distrito Federal, el pueblo de Ayotzingo fue quemado dos veces por ser zapatista (sus vecinos no lo eran).⁵³ De la misma manera, en el sur del Estado

geográficas (ya sean estados, ciudades o regiones: Sinaloa, Tijuana, Juárez, el Golfo) y cuyo apoyo deriva, en parte, del patriotismo “regional” o “estatal”: por ejemplo, en el caso de Sinaloa: Elijah Wald, *Narcocorrido*, New York, HarperCollins, 2001, p. 56-68.

⁴⁹ Guerra 1985, t. I, p. 149-153. Si “la modernidad” remonta al Siglo de las Luces, ya no es tan moderna; quizás nos ayuda entender la Revolución Francesa o los movimientos de independencia en América Latina, pero dos siglos después —cuando la Revolución Mexicana y los movimientos posrevolucionarios— su utilidad como factor explicativo nos ayuda menos, y a veces nos confunde mucho.

⁵⁰ Pineda Gómez 2005, p. 52.

⁵¹ Knight, *La revolución...*, 1996, t. 1, p. 137.

⁵² Kearney 1971, p. 44-53.

⁵³ Rafael Pozos Acatitla, “Ayotzingo durante la Revolución”, en *Mi pueblo durante la Revolución*, 3 tomos, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1989, p. 65

de México, Zumpahuacán era zapatista y agrarista, en contraste con sus vecinos Tenancingo y Villa Guerrero.⁵⁴ En Michoacán, donde la revolución tuvo un impacto muy parcial, Zitácuaro estaba a favor, Zinapécuaro y Maravatío en contra.⁵⁵ Estos patrones no eran meramente aleatorios e imprevisibles, seguían tradiciones históricas; los observadores contemporáneos podían preverlos y los historiadores pueden ofrecer explicaciones aunque sean parciales y tentativas.

El hecho que las reputaciones revolucionarias o antirrevolucionarias fueron forjadas a nivel local o regional reflejaba en parte la naturaleza de la lucha armada. Todavía no había partidos políticos de masas (el partido de la revolución no nació hasta 1929, casi veinte años después del estallido de la revolución); no había ninguna vanguardia partidista que podía dirigir la revolución, al estilo del Partido Comunista Chino. La organización se devolvió al nivel local, al pueblo o al municipio; muchas veces dependía de lazos de familia, de compadrazgo y de clientelismo local, y los flamantes líderes revolucionarios derivaban su poder del apoyo local (voy a dar ejemplos).

En contraste, las ciudades, capaces de producir organizaciones de masas como los sindicatos y los incipientes partidos políticos, evitaron la insurrección armada: los esfuerzos de Serdán y otros fueron fácilmente aplastados en 1910 y durante la siguiente década no hubo sublevaciones masivas en las grandes ciudades. En los 1910, como en los 1810, las ciudades quedaban como “islas en la tormenta”.⁵⁶ En este sentido, hubo un contraste marcado con las revoluciones francesa, rusa y boliviana. Las comunidades más pequeñas, ligadas al campo, fueron más vulnerables a la rebelión popular, y así la revolución avanzó durante las dos fases de movilización masiva: en 1910-1911 y (con ciertas reservas) en 1913-1914.⁵⁷ Las comunidades pequeñas

⁵⁴ Castro Domínguez 2003, p. 243.

⁵⁵ Butler 2004, p. 32-79. Véase también Crispín Duarte Soto, *Zitácuaro*, Morelia, Editores Morevallado, 2007, p. 221-47.

⁵⁶ Eric Van Young, “Islands in the Storm. Quiet Cities and Violent Countrysides in the Mexican Independence Era”, *Past and Present*, n. 118, febrero de 1988, p. 120-156.

⁵⁷ Las “reservas” tienen que ver con el proceso de expansión y profesionalización de los ejércitos revolucionarios en la segunda etapa, 1913-1914, cuando, espe-

poseían la gente capaz de iniciar y sostener una rebelión popular: no solamente los campesinos, sino también los arrieros, los artesanos pueblerinos, los vaqueros y los bandidos (ya sean sociales o no). Comparados con la clase media urbana y los obreros respetables, estos hombres —y, al principio, eran casi todos hombres— podían cabalgar al campo y buscar sus escondites en las sierras y barrancas; tenían acceso a las armas (aunque fueran machetes y antiguas escopetas) y a veces seguían una tradición local de guerra improvisada (un buen ejemplo serían las colonias militares de la Sierra Madre chihuahuense, que habían luchado contra los “indios bárbaros” y participado en una serie de sublevaciones durante el Porfiriato).⁵⁸

Desde luego, la capacidad en sí no genera una rebelión. Se necesitan también las quejas y la motivación. (El antiguo dicho inglés, “donde hay voluntad, hay camino” —*where there's a will there's a way*— es, quizás, demasiado “voluntarista” e incluso optimista, sin embargo, tiene algo de verdad). Otra vez hay razón de pensar que la voluntad, los motivos y las quejas también eran fenómenos locales, que se sentían al nivel local o regional. Es decir: los rebeldes actuaron no sólo para defenderse a sí mismos o a sus familias, sino también para defender a sus comunidades. (Por esta razón, entre otras, una teoría de la rebelión basada en el hipotético “actor racional” no me convence: un individuo rigurosamente racional y autointeresado no apoyaría una rebelión riesgosa, sobre todo al principio; más bien jugaría el papel de observador y oportunista. Es cierto que tales individuos existían en el México revolucionario; pero si todo mexicano se hubiera portado así, no hubiera habido revolución).

El caso de Zapata es ejemplar, pero no es insólito. Muchos líderes populares mostraron un fuerte apego a sus patrias chicas: los Cedillo alrededor de Ciudad del Maíz en San Luis; Che Gómez en Juchitán; Calixto Contreras en Cuencamé, en La Laguna; los Herrera en Parral; los Prado en la Cañada de los Once Pueblos en Michoacán; Gabriel Barrios en la Sierra Norte de Puebla. Vale notar que estas patrias chi-

cialmente en el norte, los lazos entre comunidad y ejército se debilitaron, o, por decirlo de otra manera, el ejército adquirió una autonomía más marcada de la sociedad civil (campesina). En el sur —más que nada en Morelos— este proceso fue menos marcado, y por tanto la autonomía militar menos desarrollada.

⁵⁸ Por ejemplo, Namiqpa: Nugent 1993, caps. 2 y 3.

cas revolucionarias no eran estados enteros, sino más bien regiones, a veces regiones agrupadas alrededor de un municipio particular. Tales cabecillas —que después, si sobrevivieron, se volvieron los caciques de los años veinte— eran, conforme la perspicaz terminología de Chris Boyer, líderes de tipo “nopal”, arraigados a un lugar particular, de donde sacaban su poder; contrastaban con los líderes tipo “coyote”, que recorrían largas distancias en búsqueda de puestos y promociones, siendo los ejemplares clásicos los “procónsules” carrancistas —Alvarado, Múgica y Castro— que hicieron sus carreras revolucionarias trayendo la revolución a los atrasados estados del sureste —Oaxaca, Yucatán y Chiapas—. ⁵⁹ Por supuesto, el régimen proconsular pronto provocó una serie de rebeliones, en defensa de la autonomía sureña (como mencionaré después).

Si la movilización revolucionaria dependió muchas veces del apoyo local y particular (en vez de lazos de partido o de ideología bien definida), ¿qué determinó ese apoyo? Porque, para repetir una vieja pregunta, ¿era Morelos más revolucionario que Oaxaca? ⁶⁰ Por más vieja que sea, sin duda la pregunta será discutida mientras que la Revolución y sus causas sean temas de debate histórico. Propongo —otra vez en términos muy esquemáticos— tres explicaciones de los motivos locales o comunales: (1) la tierra (y otros intereses materiales); (2) el poder político y la autonomía; y (3) la “cultura”, ésta desagregada en (a) la cultura histórica y prescriptiva (es decir, la cultura duradera de una comunidad, producto de muchas generaciones); y (b) la cultura contemporánea, una cultura más fluida que se cambia rápidamente conforme las presiones del momento. ⁶¹

⁵⁹ Christopher R. Boyer, “The Coyotes and the Nopales: Caciquismo, Popular Movements and State Control in Michoacan, 1917-34”, ponencia dada en el congreso de LASA (Latin American Studies Association), 1994; Knight, *La revolución...* 1996, t. II, p. 803-809.

⁶⁰ Ronald Waterbury, “Non-revolutionary peasants: Oaxaca Compared to Morelos in the Mexican Revolution”, en *Comparative Studies in Society and History*, XVII, 1975, p. 410-442.

⁶¹ El lector percibirá que he reiterado una tipología bastante común en las ciencias sociales: lo económico, lo político y lo cultural. (Entre muchos ejemplos, mencionaré nada más uno, que tiene el mérito de ser bastante lúcido y explícito: W. G. Runciman, *The Social Animal*, London, HarperCollins, 1998, p. 114). Huelga decir que —como muchas categorías en las ciencias sociales— éstas no son entera-

En primer lugar, el comportamiento de las comunidades dependía mucho de sus recursos materiales y de su historia. Los pueblos de Morelos fueron revolucionarios y zapatistas porque habían perdido sus tierras y aguas durante el *boom* azucarero. Los pueblos de Oaxaca, no obstante su extrema pobreza, no habían sufrido una pérdida igual a manos de los hacendados (y los pocos que lo habían fueron los más rebeldes); aquí, los conflictos por tierras usualmente ocurrieron entre pueblos, lo que tuvo el efecto de fragmentar la lucha campesina y socavar todo sentimiento supralocal de solidaridad (ya sea étnica o de clase).⁶² En el Bajío los pueblos habían perdido tanto sus tierras como su importancia sociopolítica hacía varias décadas; los medieros, arrendatarios y peones de la región difícilmente podían armar rebeliones fuertes y coherentes porque carecían de la organización, de la autonomía, y, quizás, de las quejas.⁶³ Estas son comparaciones muy generales, al nivel regional o estatal: al nivel local las diferencias se ven aún más claramente. En el estado de Michoacán, donde la revolución armada era bastante limitada, los centros de protesta popular se encontraban en los pueblos donde los agravios agrarios eran más agudos: en Naranja, Atacheo, Zacapu, Tarejero, Tiríndaro, Pichátaro y Villa Guerrero.⁶⁴ Fue igual en La Laguna y Durango (Matamoros, Cuencamé, Rodeo), en el Valle del Yaqui, y entre las comunidades de Puebla y Tlaxcala.⁶⁵

mente discretas. Quizás la ubicuidad de esta ‘tricotomía’ demuestra que tiene cierto poder explicativo real, o quizás me encuentro atascado en el mismo surco intelectual que muchos otros científicos sociales.

⁶² El caso de Oaxaca es bien conocido. Para un resumen, véase Arellano Meixueiro 1999; y Víctor Raúl Martínez Vásquez (coord.), *La revolución en Oaxaca*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1993.

⁶³ Simon Miller, *Landlords and Haciendas in Modernizing Mexico: Essays in Radical Reappraisal*, Amsterdam, Center of Latinoamerican Research and Documentation in Amsterdam, 1995. Aunque la “revisión radical” (“radical reappraisal”) de Miller tiene mucho sentido en cuanto a las haciendas de grano del Bajío, no se puede aplicar a otras regiones del país (donde, como todos sabemos, la revolución cobró más fuerza); por tanto, es difícil ver el análisis como una ‘revisión radical’ de ella.

⁶⁴ Friedrich 1986; Knight, *La revolución...* 1996, t. I, p. 391-392; Purnell 1999, cap. 5.

⁶⁵ Knight, *La revolución...* 1996, t. I, p. 138-9, 222; Patricia Fernández de Castro, “Agrarian Reform from Below: The Revolution in Durango, 1910-1915”, ponencia.

Lo importante es no solamente que las quejas agrarias provocaron la rebelión popular, sino que la rebelión siguió entonces un patrón local y comunal. En su gran mayoría, los campesinos insurgentes no se alistaron en un Ejército Rojo Mexicano para emprender una “larga marcha” al estilo de Mao en China (o de Luis Carlos Prestes en Brasil). Por supuesto, había soldados de origen campesino que participaron en las grandes campañas convencionales de 1913-1914 y 1914-1915, que incluso acompañaron a Obregón en sus “ocho mil kilómetros en campaña”, pero la mayoría no tenían tantas ganas de viajar y pelear tan lejos de casa y preferían quedarse en su patria chica, adquiriendo, defendiendo y cultivando sus milpas (especialmente durante la época de siembra y de cosecha).⁶⁶ Un veterano zapatista se acordaba cómo, en 1918, su tropa salió de su guarida en los límites entre Puebla y Morelos: “me fui con ellos con rumbo desconocido; yo nunca había salido de mis tierras me informó que íbamos rumbo a Oaxaca. Fue un eterno peregrinar de aquí para allá”.⁶⁷ Por esta razón Villa se opuso a un gran reparto de tierras en medio de sus campañas militares y después los líderes revolucionarios —tanto Villa como Carranza— tuvieron que llenar sus rangos por medio del reclutamiento forzoso. Hasta los 1920, el ejército federal —es decir, revolucionario— había adquirido algunos de los vicios del antiguo ejército porfiriano, incluso altas tasas de desertión.⁶⁸ Muchas fuerzas populares y campesinas —al estilo de sus líderes tipo “nopal”— preferían luchar en casa, en sus propias patrias chicas: de ahí la estrategia algo cautelosa e inmóvil de Zapata en 1914-1915, que

cia librada en la conferencia en honor de Friedrich Katz, “Land, Politics and Revolution”, University of Chicago, 28-29 septiembre 2007; Ávila Espinosa 2001, p. 114-117, 212-213; Raymond Buve, “Peasant Movements, Caudillos and Land Reform during the Revolution (1910-17) en Tlaxcala, Mexico”, *Boletín de Estudios Latinoamericanos y del Caribe*, v. XVIII, 1975, p. 112-152.

⁶⁶ Álvaro Obregón, *Ocho mil kilómetros en campaña*, México, Fondo de Cultura Económica, 1970. Sobre la relación entre la insurgencia campesina y el ciclo agrícola, véase Knight, *La revolución...* 1996, t. I, p. 326 y 360; aunque Ávila Espinosa 2001, p. 239-246, ofrece un análisis —basado en más información— algo distinto. Me parece un tema que vale profundizar.

⁶⁷ Juan Martínez Vidal, “Tal parecía que hasta Dios estaba lejos de nosotros”, en *Mi pueblo durante la Revolución*, t. III, p. 34.

⁶⁸ Meyer 1973-1974, t. I, p. 152.

para nada le gustó a su aliado Pancho Villa. Después de 1915 muchos veteranos regresaron a casa y se alistaron en las ubicuas defensas sociales, cuya tarea era defender las comunidades locales contra ataques y desafíos de afuera, al mismo tiempo que promovieron las carreras, incluso las carreras políticas, de sus integrantes.⁶⁹ Durante veinte años —a veces más— las defensas jugaron un papel clave en la política local; aunque sus miembros después entraron en el Partido Nacional Revolucionario, su poder y su prestigio dependían de sus recursos y de sus reputaciones locales, más que cualquier credencial del partido.

Si la pérdida de tierras y las reivindicaciones agrarias fueron cruciales, había, por supuesto, otros motivos importantes. Quizás aún más frecuente, la preocupación por la autonomía política provocó la movilización local y popular. Fenómeno muy antiguo, dependía mucho de las circunstancias, especialmente de la naturaleza de las amenazas que venían de afuera. Los pleitos entre los pueblos —por ejemplo, en Oaxaca— solían fragmentar la sociedad campesina, socavando la solidaridad popular (hay evidencia que, precisamente por esta razón, los terratenientes y las autoridades los fomentaron a propósito). Por otro lado, la defensa de la autonomía contra el estado, especialmente un estado rapaz e ilegítimo, podía fomentar una movilización más amplia y política. Otra vez esquemáticamente podemos analizar esta movilización por periodos cronológicos: primero, el Porfiriato (cuando los avances de un estado autoritario y positivista provocaron la resistencia); segundo, cuando la revolución armada, que produjo nuevas presiones, a veces de una manera caótica e imprevista; y, tercero, durante el proceso de “forjar-estado” después de 1920, cuando el flamante régimen revolucionario reanudó los esfuerzos estatales centralizadores.

Aparte de la cuestión agraria, el régimen porfiriano provocó a las comunidades con la imposición de mayor control del centro —muchas

⁶⁹ Knight, *La revolución...* 1996, t. II, p. 633, 966, 997-998; Castro Domínguez 2003, p. 208, 212, 247; Purnell 1999, p. 150-2; Ernest Gruening, *Mexico and its Heritage*, London, Stanley Paul, 1928, p. 410. Un caso temprano, que también demuestra la fuerza de las lealtades locales es Huajuapán, un pueblo algo conservador de Oaxaca, donde un ataque zapatista fue rechazado por los voluntarios del pueblo en enero de 1912: “los atacantes gritaban ‘Viva Zapata!’, mientras que los defensores respondían ‘Viva Huajuapán’”. Ávila Espinosa 2001, p. 215.

veces control altamente corrupto— por medio de los jefes políticos. La protesta consecuente podía tomar una forma pacífica y política, al estilo de Madero y sus conciudadanos de la clase media y arriba, pero, después de 1910, asumió formas más plebeyas y violentas, con las rebeliones que he llamado “serranas” (ya que ocurrieron en las tierras altas como la Sierra Madre Occidental de Chihuahua en 1910-1911, o, cuando Huerta comenzó su reclutamiento forzoso en 1913-1914, en la Sierra Norte de Puebla).⁷⁰ Otra vez, las comunidades se alzaron, si no monóticamente, al menos con un apoyo muy amplio entre sus habitantes, que se unieron en su rechazo de un puñado de odiados oficiales. El modelo “serrano” (y podríamos utilizar otra etiqueta si se quiere)⁷¹ nos ayuda a explicar las muchas rebeliones que ocurrieron en regiones donde las tensiones agrarias eran mucho menos agudas que —por ejemplo— en Morelos.

Las rebeliones serranas contra Díaz y Huerta fueron sin duda revolucionarias en el sentido que ayudaron mucho al derrocamiento de estos regímenes, pero, comparadas con las revueltas agrarias que se enfrentaron a los hacendados y reclamaron los derechos básicos de la propiedad, fueron menos radicales y, diría yo, menos “clasistas” (es decir, menos dotadas de sentimientos de solidaridad de clase). Los hombres de bien locales, además de los campesinos, querían echar a los corruptos oficiales del “centro”. Por tanto, conforme la revolución armada avanzó (en el periodo dos), aparecieron nuevos movimientos serranos, enfrentándose no a las autoridades porfiristas y huertistas sino ahora a las revolucionarias, que cada vez más entraban a las regiones y comunidades, imponiendo su control y sus demandas: de ahí la rebelión pelaequista en la Huasteca, las revueltas “anti-proconsular” del sur (los mapaches de Chiapas, los soberanistas de Oaxaca), y los muchos grupos locales cuasi vigilantes —como las defensas sociales— que lucharon, entre otras cosas, por la seguridad y la autonomía locales.

⁷⁰ Knight, *La revolución...* 1996, t. I, p. 143-154, 219-221; t. II, p. 609-610.

⁷¹ Por ejemplo, Eric Wolf utiliza la categoría de “un campesinado ubicado en zonas periféricas fuera del control de la clase terrateniente”. Eric R. Wolf, “On Peasant Rebellions”, en Teodor Shanin (coord.), *Peasants and Peasant Societies*, London, Penguin, 1971, p. 269.

Por supuesto, las propuestas ideológicas de estos movimientos también son importantes: es relevante que los serranos del sur —los felicistas y mapaches por ejemplo— apoyaron al sobrino de Porfirio Díaz y rechazaron la nueva Constitución de 1917 (“el almodrote de Querétaro”) en favor del antiguo de 1857; mientras, Peláez fraguó una alianza (algo tensa) con las compañías petroleras, pero la razón de ser de los movimientos serranos, ya sean anti-porfirista, anti-huertista, o anti-revolucionario, era parecida: contestar y debilitar el control del gobierno central y mantener cierta autonomía local, regional o estatal. Aparte de la ideología quizás había una diferencia importante que tiene que ver con la unidad cuya autonomía está en juego: la defensa de la comunidad, del pueblo, podía ser más popular, porque reflejaba los sentimientos locales, en comunidades donde la polarización social estaba limitada y las elites locales podían “representar” al pueblo (un buen ejemplo sería Tomóchic en 1890);⁷² pero cuando tratamos de regiones (como la Huasteca) y estados (Oaxaca, Chiapas), los movimientos serranos me parecen más elitistas, más desligados de los intereses locales y populares. (Ésta es, al menos, una hipótesis que vale examinar). Sin embargo, aún los movimientos serranos del sur —con su ideología anti-revolucionaria y hasta felicista— podían conseguir bastante apoyo popular, gracias a su rechazo de la intervención “extranjera”, por tanto, cuando llegó al poder en 1920, Obregón hizo una serie de tratos con los líderes serranos: con Peláez, con los mapaches, y con los caciques serranos oaxaqueños, Meixueiro e Ibarra.

El argumento puede extenderse también al tercer periodo, el periodo de reconstrucción y de “forjar-estado” de los años veinte. Ahora, el flamante régimen revolucionario comenzó a afectar a las comunidades y regiones que, hasta ahora, habían estado al margen de la contienda (por ejemplo, San José de Gracia). La injerencia central tomó varias formas, pero quizás las más obvias y más provocadoras fueron

⁷² Paul J. Vanderwood, *The Power of God Against the Guns of Government*, Stanford, Stanford University Press, 1998, es un buen estudio de la rebelión de Tomóchic, aunque, a mi modo de ver, exagera el factor religioso/milenarista, en vez de factores seculares, como la defensa de la autonomía —política, social, cultural— del pueblo.

el anticlericalismo, el reparto de tierras y la sindicalización. Frecuentemente estos tres llegaron juntos: la escuela, el ejido, y el sindicato, que actuaron como una атаque de tres puntas a las comunidades, sus intereses y sus creencias. Debemos reconocer también que, no obstante los orígenes populares de estas políticas, su implementación en los años veinte y treinta mostró tendencias algo autoritarias, “de arriba abajo”.⁷³ La reforma agraria, por ejemplo, que originalmente fue estimulada por conflictos particulares (como Anenecuilco contra la Hacienda de Hospital), se volvió —más que nada con Cárdenas— una política generalizada y radical, con aspectos colectivistas, que fue impuesta a través del país, a veces en contra de las preferencias e idiosincrasias locales (el ejemplo clave sería Yucatán).⁷⁴ Una consecuencia importante fue la creación de nuevas disputas locales, de peones, medieros y arrendatarios contra agraristas y ejidatarios, y de comunidades contra comunidades, conforme cada grupo luchaba por guardar u obtener sus tierras en medio del gran reparto revolucionario.⁷⁵

Al mismo tiempo, el avance de la Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM) y de la Confederación de Trabajadores de México (CTM) también provocó divisiones y resistencias. Los gobernadores de los estados —todavía bastante poderosos en esa época— rechazaron la injerencia de los sindicatos moronista y lombardista. Algunos lo hicieron con miras claramente conservadoras (como Cedillo en San Luis y

⁷³ Especialmente en cuanto a la reforma agraria y laboral: la reforma agraria fue promovida por los zapatistas (y otros), la reforma laboral fue anticipada en el programa del Partido Liberal Mexicano (1906), en las célebres protestas obreras de 1906-1907 (Cananea, Río Blanco), y en la formación de la Casa del Obrero Mundial y de los Batallones Rojos. Después, los líderes revolucionarios —Carranza, por ejemplo— se apropiaron de estas banderas. En contraste, el anticlericalismo, aunque no carecía de todo apoyo popular, fue siempre una política más elitista, “de arriba abajo”, promovida por minorías ilustradas, que querían salvar al “supersticioso” pueblo mexicano (más que nada las mujeres) de las garras del clero. Por tanto, el anticlericalismo fue la más aguda y más provocadora de las tres púas con las cuales el estado revolucionario intentó agujijonear a la sociedad mexicana hacia el progreso.

⁷⁴ Un buen estudio del caso yucateco es Ben Fallaw, *Cárdenas Compromised*, Durham, Duke University Press, 2001

⁷⁵ Por ejemplo, Arellano Meixueiro 1999, p. 154-155, 157; Castro Domínguez 2003, p. 253-254.

Yocupicio en Sonora), pero otros eran revolucionarios que —para citar al propio presidente Calles— querían ser “amos en sus propias casas” (por ejemplo, Portes Gil en Tamaulipas y Zuno en Jalisco). Al rechazar la intromisión de agitadores fuereños, a veces rojos y bolcheviques, estos gobernadores podían aprovecharse de una ideología de “patriotismo estatal”, ufanándose de las virtudes de sus estados y repudiando la injerencia del centro, especialmente el centro radical y subversivo. Yocupicio podía así rechazar la amenaza del cardenismo y de la CTM, como en 1913 los revolucionarios sonorenses habían rechazado el golpe huertista: el patriotismo estatal, como el patriotismo nacional, fue compatible con posturas tanto conservadoras como progresivas.⁷⁶ Pero cuando se trata de un gobierno central radical, como en los años treinta, el patriotismo estatal era más que nada conservador: con el grupo Monterrey en Nuevo León, por supuesto, pero también con la camarilla Ávila Camacho —supuestamente “revolucionaria”— en Puebla.⁷⁷ Veremos, en conclusión, como este fenómeno se ha repetido en los últimos años, en otro contexto.

Tal vez la amenaza revolucionaria más provocadora era el anticlericalismo: una política que carecía de hondo apoyo popular y cuya implementación, especialmente en 1926-1929 y 1931-1935, estimuló una fuerte oposición, más que nada en la parte centrooccidental del país. Aquí, como demuestra Jennie Purnell, las comunidades locales ostentaron motivos serranos: es decir, resistieron al estado callista debido a su agresiva intromisión en sus asuntos, a sus esfuerzos para cambiar los corazones y las mentes de la gente, conforme las ideas del jefe máximo, como las expresó en su celebre “Grito” de Guadalajara.⁷⁸ En 1927 los rancheros del distrito de Coalcomán, en la tierra caliente de Michoacán, hasta proclamaron su independencia, como república autónoma, al estilo de los soberanistas oaxaqueños de la década

⁷⁶Véase Adrian Bantjes, *As If Jesus Walked the Earth. Cardenismo, Sonora and the Mexican Revolution*, Wilmington, Delaware, Scholarly Resources, 1998.

⁷⁷Alex Zaragoza, *The Monterrey Elite and the Mexican State, 1880-1940*, Austin, University of Texas Press, 1988, cap. 8; Will Pansters, *Politics and Power in Puebla: The Political History of a Mexican State, 1937-1987*, Amsterdam, Centre for Latin American Research and Documentation in Amsterdam, 1990.

⁷⁸Purnell 1999, p. 184, 208-209.

anterior.⁷⁹ Otra vez la naturaleza del estado (callista, anticlerical) y de la resistencia (católica, a veces conservadora) afectaron el contenido ideológico del conflicto: en términos ideológicos, entonces, los sucesivos movimientos serranos fueron muy diferentes (se puede comparar Juan Francisco Lucas, antiguo patriarca de la sierra norte de Puebla, un líder liberal popular y patriótico, con los soberanistas y los mapaches del sur, más conservadores, y los cristeros clericales de Michoacán). Si nuestro enfoque fuera ideológico, enfatizaría estas diferencias, pero en términos de la política local y regional, y su relación con el centro, las semejanzas son las que nos llaman la atención. Todos estos movimientos compartieron una antipatía al estado centralizador y agresivo y consiguieron su apoyo en estas comunidades y regiones donde el rechazo del estado fuera mayor. Por tanto, en época de Calles, en Jalisco y Michoacán más que en Puebla o Morelos, no porque la gente de Puebla o Morelos fuera necesariamente menos católica, sino porque en estos estados el papel del gobierno central era menos odiado (en Morelos, porque pactó con los zapatistas y fomentó una reforma agraria; en Puebla porque gobernaba por medio de líderes pragmáticos que eran “hijos del estado”, como Gabriel Barrios y los Ávila Camacho).⁸⁰ Una explicación semejante sirve al nivel local: en Michoacán las comunidades se volvieron o agraristas o cristeras no simplemente por razones religiosas (ya que muchos agraristas eran católicos también), sino debido a sus reacciones distintas a la política federal en su patria chica. Un reparto agrario exitoso, por ejemplo, contrarrestó la popularidad de los cristeros; mientras que un reparto forzoso o arbitrario —contra lo cual los curas predicaron desde el púlpito— fortaleció la causa católica, cristera y después sinarquista.

Cuando se trata de resistir al gobierno central, al estilo serrano, el factor cultural —mi tercera categoría— tenía cierto peso. “La cultura” es un concepto algo vago, ahora muy de moda, y por tanto a veces muy mal usado. La idea de que los mexicanos —o los latinoamericanos— comparten una “cultura”, incluso una cultura política, distinta,

⁷⁹ *Ibidem*, p. 83.

⁸⁰ Sobre Barrios, véase Keith Brewster, *Militarism, Ethnicity and Politics in the Sierra Norte de Puebla, 1917-1930*, Tucson, University of Arizona Press, 2003.

que nos ayuda a explicar su comportamiento, me parece errónea. Es demasiado general y vulnerable a numerosas críticas, pero en los niveles inferiores de la jerarquía política (mis niveles tres y cuatro: regiones y municipios) tiene más sentido. Hablar del “carácter nacional” de los mexicanos no explica nada, pero hablar del carácter de la gente de los Altos de Jalisco, por ejemplo, tiene algo de verdad y cierto poder explicativo. Es decir, cuando tratamos estas unidades subnacionales, su “cultura” es un factor importante, aparte de las cuestiones de recursos económicos y poder político, ya analizadas.

Como mencioné, cuando estalló la Revolución los observadores bien informados podían prever cuales serían los polos de protesta: que habría rebelión en Tamazunchale; que, en Michoacán, Zitácuaro sería más rebelde que Maravatío, o, en Puebla, Xochiapulco más revolucionario que Cuetzalan;⁸¹ que, en época de guerra civil, San Cristóbal reanudaría su antiguo conflicto con Tuxtla, y Juchitán haría lo mismo con Tehuantepec —y con la ciudad de Oaxaca. Por supuesto, cuestiones concretas de la política y de la economía pesaron en estos conflictos y protestas, pero también contaron “la cultura” o “la identidad” de estas comunidades. La cultura no era un dato fijo: dependía de la historia y de una gama de instituciones y formas de reproducción cultural: instituciones formales como las iglesias, los semanarios, las cofradías, las escuelas y los colegios; instituciones informales como las familias, los clanes y las camarillas; y lo que podemos llamar (pretenciosamente) los recursos semióticos —los corridos, los héroes locales, las estatuas, los títulos (primordiales o recientes), los santos patronos, las romerías, las fiestas (religiosas y seculares), los aniversarios, y hasta los colores distintivos, como el rojo de Juchitán y el verde de Tehuantepec.⁸² Mu-

⁸¹ Butler 2004, p. 32-79; Mary Kay Vaughan, *Cultural Politics in Revolution*, Tucson, University of Arizona Press, 1997, p. 112-16.

⁸² Miguel Covarrubias, *El Sur de México South*, México, Instituto Nacional Indigenista, 1980 [1946], p. 204-208; Knight, *La revolución...* 1996, t. 1, p. 413; Macario Matus Gutiérrez, “La Revolución en Juchitán, Oaxaca”, en *Mi pueblo...* 1989, t. II, p. 134. En Guanajuato existía la división —menos antigua— entre los verdes y los morados: Ben Fallaw, “Enemies of the Current Regime and Completely Fanaticized Salvador Azanza and the Catholics of Dolores Hidalgo, Northern Guanajuato, 1926-1936”, ponencia dada en el Congreso de LASA (Latin American Studies Association), Puerto Rico, abril de 2006.

chas veces estas identidades se mantenían por medio de rivalidades comunales, ya mencionadas, rivalidades que se nutrían de las antipatías mutuas (quizás aquí hay otra tendencia antropológica en juego), que eran estimuladas nuevamente por cada choque y conflicto a través de las generaciones y que eran redefinidas conforme el vocabulario de la época (liberal, juarista, imperialista, porfirista, maderista, zapatista, huertista, carrancista, villista, callista, cristero, cardenista y sinarquista). En el revuelto flujo histórico, había ciertas tendencias distintas: las comunidades liberales y juaristas del siglo XIX muchas veces se volvieron revolucionarias a principios del siglo XX; y sus rivales tomaron el otro lado. Por tanto, podemos recopilar una lista de comunidades (a) de tendencias liberal, progresista y revolucionaria, contra (b) las de convicciones mas conservadoras y (a veces) católicas:

<i>Liberal/progresista/revolucionaria</i>	<i>Conservadora/católica</i>
Juchitán (Oaxaca)	Tehuantepec
Tuxtla (Chiapas)	San Cristóbal
Mazamitla (Michoacán)	San José de Gracia
Naranja (Michoacán)	Cherán
Paricutín (Michoacán)	Parangaricutiro
Villa Guerrero (Jalisco)	Totatiche
Xochiapulco (Puebla)	Cuetzalan
Ixtepeji (Oaxaca)	Ixtlán
Amilpas (Oaxaca)	Soyaltepec

Estas rivalidades a veces obedecían a una lógica económica o política: Tuxtla había remplazado a San Cristóbal como capital del estado (aunque San Cristóbal retuvo la sede episcopal), mientras que Villa Guerrero desplazó a Totatiche como cabecera del municipio. En contraste con Naranja y Mazamitla, donde el agrarismo floreció, Cherán y San José fueron menos afectados por la pérdida de tierras. Además, Mazamitla era un pueblo indígena y San José mestizo (una división étnica semejante se veía en Ometepe, en la Costa Chica de Guerrero, y otros lugares).⁸³

⁸³ Knight, *La revolución...* 1996, t. 1, p. 260-261.

Pero estos factores políticos y económicos no son toda la historia. Unas comunidades parecen haber peleado entre sí por tanto tiempo que la pelea —la rivalidad diádica— se ha convertido en un dato, una parte del *habitus* local,⁸⁴ un aspecto del paisaje mental. Un ejemplo francés de este fenómeno se da en el estudio de Paul Bois, que demuestra que las hondas y duraderas divisiones políticas en el departamento del Sarthe, todavía evidentes en la década de 1960, derivan de un pleito que estalló en un remoto momento histórico, en los 1790, durante la Revolución Francesa, un pleito tan antiguo que pocos habitantes lo recuerdan, aunque todavía forma parte del paisaje político de la región.⁸⁵ En México también hay disputas por tierras que (supuestamente) se remontan a “tiempos inmemoriales”,⁸⁶ y me parece plausible entender las rivalidades diádicas en estos términos, quizás especialmente en comunidades donde décadas de estabilidad relativa y endogamia han favorecido el mantenimiento de estas creencias colectivas.

Cuando hablamos de “la cultura”, es importante no considerarla como una caja negra que no se puede abrir. La cultura —dicen todos— es algo fluido y maleable, debe ser “construida” en la misma manera que las comunidades deben ser “imaginadas”. Construir e imaginar requieren esfuerzos colectivos, ya sean deliberados o inconscientes.⁸⁷

⁸⁴ Pierre Bourdieu, *The Logic of Practice*, Stanford, Stanford University Press, 1990, p. 52-65, donde (p. 56), Bourdieu define “habitus” como “historia encarnada, internalizada como segunda natura [embodied history, internalized as second nature]”.

⁸⁵ Paul Bois, *Paysans de l'Ouest* (1960); sobre lo cual véase el comentario de Emmanuel Le Roy Ladurie, *The Territory of the Historian*, Hassocks, Harvester Press, 1979, cap. 7.

⁸⁶ Castro Domínguez 2003, p. 159. Huelga decir que, a veces, esta frase es esencialmente retórica, una táctica discursiva en la lucha legal, política y cultural; una táctica, además, con una larguísima historia: Serge Gruzinski, *La colonización de lo imaginario*, México, Fondo de Cultura Económica, 1991, p. 106-107.

⁸⁷ Estas dos formas de imaginación colectiva han sido bien definidas y debatidas en torno al nacionalismo, que se ve, conforme el investigador, como (1) un fenómeno “orgánico”, “inconsciente”, y/o “primordial”, a veces muy antiguo, y construido “desde abajo” de una manera bastante anónima (la tesis de Anthony Smith, entre otros) y, por otro lado (2) un proceso deliberado, consciente, e “instrumentalista”, esencialmente moderno, forjado “desde arriba” (la tesis de Hobsbawm y Gellner); véase Anthony D. Smith, *The Ethnic Origins of Nations*, Oxford,

En cuanto que sea posible los historiadores deben investigar estos esfuerzos. Probablemente la máquina forjadora más importante de la cultura en México, especialmente el México de las patrias chicas, ha sido la iglesia católica. Ésta contribuyó a la formación de la comunidad con la construcción de la iglesia, del paraje y del culto del santo patrono. Los santos y sus fiestas fueron clave en la cultura comunitaria: molestar al santo era un asunto riesgoso, como los radicales anticlericales descubrieron; “la resistencia pasiva del indio”, dijo Moisés Sáenz, “puede tornarse agresiva, si se les toca el bolsillo o el santo”.⁸⁸ Cuando, en plena revolución, los antiguos enemigos de Ixtepeji arrasaron el pueblo y desparramaron a sus habitantes, también se llevaron todo su patrimonio religioso: sus campanas, su *harmonium*, su imagen de Santa Catalina y, más importante, su Cristo milagroso.⁸⁹ Así trataron de borrar el pueblo del mapa.

El carácter católico —unos dirían “mocho”— de comunidades (como Zamora o San José de Gracia)⁹⁰ no surgió espontáneamente, pero fue el resultado de los esfuerzos cumulativos de la jerarquía, de los curas, de las cofradías, y de las nuevas asociaciones masivas católicas del siglo XX. No es coincidencia que si comparamos tres pueblos michoacanos —uno, Zitácuaro, liberal y revolucionario, dos, Maravatío y Zinapécuaro, clerical-católicos— encontramos que éstos tenían más iglesias y sacerdotes activos que aquél.⁹¹ Por supuesto, las comunidades católicas querían —y estaban dispuestas a pagar— una mayor

Blackwell, 1986, cap.1; y Natividad Gutiérrez Chong, *Mitos nacionalistas e identidades étnicas*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2001, p. 35-50. Por supuesto, estos son “tipos ideales”, exageraciones de una realidad muy compleja. Sin embargo, creo que se puede utilizar la misma dicotomía para mejor entender el patriotismo local: el “matriotismo”.

⁸⁸ Sáenz 1936, p. 51. Un buen ejemplo de los riesgos de molestar al santo patrono se ve en la violenta muerte de “Chato” Díaz, hermano de Porfirio, a manos de los juchitecos en 1871, cuando les había robado su “venerada imagen de San Vicente de Ferrer”: Covarrubias 1980 [1946], p. 286.

⁸⁹ Kearney, 1971, p. 59.

⁹⁰ Luis González, *Zamora*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1994, cap. 5; Gustavo Verduzco, *Un ciudad agrícola: Zamora*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1991, p. 58-66; González y González 1968.

⁹¹ Matthew Butler, *Popular Piety*, p. 42 y 110.

presencia clerical (como diría un economista, la iglesia no es un “bien libre” [*a free good*]), pero esa presencia ayudó a mantener su carácter a través del tiempo. En una situación así, de “retroalimentación”, es difícil romper el círculo y concluir que San José era católico debido a la presencia de la Iglesia, o que hubo una presencia de la Iglesia debido al catolicismo de los josefinos. Lo que es cierto es que el proceso de retroalimentación mantuvo el carácter del pueblo y, por medio de las varias instituciones y prácticas mencionadas, aseguró que la Iglesia podía sobrevivir la tormenta anticlerical de los años veinte y treinta y seguir siendo una institución todavía fuerte y respetada, al menos en gran parte del México contemporáneo.

Por supuesto, la influencia de la iglesia variaba de un lugar a otro: era más fuerte en la mesa central, el antiguo núcleo de la colonia, que en el norte o las tierras bajas del Golfo (de hecho, las tierras altas suelen ser más católicas, las tierras bajas menos, en varios estados, como Veracruz y Colima).⁹² Los anticlericales también tenían sus instituciones de aculturación y sus éxitos: en muchas comunidades el maestro —primero liberal, después revolucionario— se enfrentó al cura, mientras que la escuela, el sindicato, el ejido y la logia masónica contrarrestaron la influencia de la Iglesia. Los triunfos liberales —sobre Maximiliano y los franceses, sobre Huerta y sus aliados católicos— afianzaron estas lealtades, que también fueron reforzadas por los corridos, las imágenes, los aniversarios, las fiestas seculares y los ritos cívicos.

A veces, como las comunidades francesas de Paul Bois, las características culturales fueron creadas en un pasado lejano y mantenidas por las instituciones mencionadas, por tanto, las respuestas de las comunidades frente a la Revolución dependieron bastante de sus lealtades tradicionales; el peso de la historia fue determinante, al lado de factores concretos como los recursos materiales y la autonomía política.

Pero el peso de la historia tiene sus límites. La gente no es prisionera de su pasado. Se ve que las comunidades cambian sus caracteres:

⁹² Alan Knight, “The Mentality and Modus Operandi of Revolutionary Anticlericalism”, en Matthew Butler (coord.), *Faith and Impiety in Revolutionary Mexico*, New York, Palgrave MacMillan, 2007, p. 32-3.

en el siglo XIX la oposición al clericalismo y conservadurismo se concentró en una “media luna liberal” que incluyó a Jalisco, Michoacán, Guanajuato y Zacatecas.⁹³ En el siglo XX esta región ha sido antirevolucionaria, cristera, sinarquista y panista. Desde luego, hay una explicación sencilla: en el siglo XIX los liberales (la gran mayoría de ellos católicos) se opusieron a los gobiernos clericales y centralizadores en la ciudad de México, mientras que en el siglo XX un gobierno revolucionario y anticlerical se estableció en la capital, de donde extendió sus tentáculos a la provincia. Además, el Bajío y el Centro-Occidente de México habían sido más afectados por la “segunda conquista espiritual” —el resurgimiento de la Iglesia durante el Porfiriato— que otras regiones del país; por tanto, estaban más dispuestos y más capaces de resistir el nuevo anticlericalismo de la Revolución.

Otro factor que va en contra de la idea de la cultura como una fuerza estática y tradicional tiene que ver con el crecimiento demográfico y la expansión de la frontera (interna). Aunque la estructura demográfica de la Colonia todavía se ve en el siglo XX, el norte estaba en pleno auge, conforme los migrantes acudieron a los campos mineros y ciudades comerciales de la antigua Gran Chichimeca. A nivel inferior, las fronteras internas de Jalisco, de Michoacán o de Veracruz estaban avanzando conforme crecía la población, mejoraban las comunicaciones y nuevos productos —especialmente el café— estimulaban el desmonte y el asentamiento. En consecuencia, se fundaron nuevos pueblos que carecieron de tradiciones heredadas (incluso rivalidades heredadas) y gozaron de mayor autonomía política y cultural. Por supuesto, algunos se volvieron católicos y clericales (como San José de Gracia),⁹⁴ pero, al mismo tiempo, las colonias militares establecidas por Juárez en la Sierra Madre Occidental de Chihuahua fueron más liberales, como también lo fue Matamoros en La Laguna.⁹⁵ Cincuenta años después, otras comunidades

⁹³ David A. Brading, *The Origins of Mexican Nationalism*, Cambridge, Center of Latinoamerican Studies, 1985, p. 96.

⁹⁴ Luis González y González, *Pueblo en vilo*.

⁹⁵ Friedrich Katz, *The Life and Times of Pancho Villa*, Stanford, Stanford University Press, 1998, p. 18, 32-33, aunque véase también Daniel Nugent, *op. cit.*, p.54-55; Alfonso Porfirio Hernández, *¿La explotación colectiva en la Comarca Lagunera es un fracaso?*, México, Costa-Amic, 1975, p. 36.

nuevas —se han llamado “comunidades en formación”— respondieron positivamente a la Revolución (por ejemplo, en La Laguna o en la orilla izquierda del río Yaqui en Sonora).⁹⁶ El éxito relativo de la Revolución en el norte —éxito no solamente militar sino también político y cultural— dependió en parte de la naturaleza del norte —más abierto, móvil, y culturalmente disponible— y su respuesta positiva a las ofertas políticas de la Revolución: tierras, escuelas, sindicatos, caminos, ritos cívicos. “Comunidades en formación” en otras partes del país mostraron una predilección revolucionaria semejante.⁹⁷ De hecho, la Revolución —con sus maestros idealistas y sus misiones culturales— emuló lo que habían hecho los frailes del siglo XVI: puso su huella en comunidades cuya cultura era maleable y que durante años llevaría la marca de sus fundadores. Como beneficiarios de la Revolución, y del cardenismo en particular, los laguneros apoyaron a Cuauhtémoc Cárdenas y el Frente Democrático Nacional en la contenciosa elección de 1988.

Patria chica y Estado-nación

Llego a mi último punto: la relación entre las unidades subnacionales (estados, regiones, municipios y pueblos) y el estado-nación desde la Revolución. Es importante no ver ésta como una relación suma-cero (más de un lado quiere decir menos del otro lado). La gente de las patrias chicas puede mostrar su “campanilismo” (su fuerte preocupación por sus comunidades), pero eso no quiere decir necesariamente que tienen horizontes estrechos y no pueden mirar más allá de ellos. Toda política puede ser política local, pero aún los actores más arraigados a la patria chica deben reconocer que la política nacional tam-

⁹⁶ Mary Kay Vaughan, *op. cit.*, p. 168-70.

⁹⁷ Un buen ejemplo sería “San Juan”, fundado —como comunidad independiente— en 1913, que recibió su ejido en 1928, y donde, a mediados de los años treinta, no obstante su “primitivo modo de ser”, la comunidad “está alcanzando cierto progreso hacia su organización social y económica [...] (y ha habido) un cambio sutil [...] en el espíritu del pueblo [...] Los ejidatarios tienen un interés en su comunidad; son dueños de algo para lo cual pueden hacer planes. En una palabra [...] estos ejidatarios están transformándose en algo nuevo en el México rural: ciudadanos”: Eyler Simpson, *The Ejido*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1937, p. 107-108.

bién cuenta (Zapata, por ejemplo, llegó a esta inevitable conclusión).⁹⁸ Toda política es también política nacional, en la medida en que el estado-nación, dotado de cada vez más poder, ha extendido sus tentáculos a la provincia, especialmente en los años después de la Revolución. Aquí, encontramos otra vez la dialéctica arriba/abajo que caracteriza tantos buenos estudios históricos recientes. En este sentido, creo yo, México no es tan diferente que los demás países, donde los sentimientos nacionales son compatibles con lealtades locales, regionales y estatales: por ejemplo, en la confederación suiza o (un caso que conozco de primera mano) el estado de Texas, con su robusto doble patriotismo.⁹⁹

Una cuestión clave es las relaciones entre las unidades subnacionales y el estado revolucionario, conforme éste estableció su poder en las décadas posteriores a 1920. Ciertas comunidades, como he mencionado, fraguaron buenas relaciones, consiguiendo beneficios concretos (ejidos, escuelas, caminos), mientras que otras (como la región cristera) rechazaron el abrazo del estado ateo. Pero su sueño de una alternativa católico-utópica se colapsó con los arreglos de 1929, y aún los sinarquistas, que albergaron sueños semejantes, dejaron de rebelarse habiendo aprendido —como lo habían aprendido los ixtepejanos— que enfrentarse militar y directamente al estado era muy quijotesco y peligroso.¹⁰⁰ Por último, el flamante Partido Acción Nacional (PAN), nacido en 1939, ofreció una alternativa más modesta y moderada: el papel, primero, de una oposición leal, y unos cincuenta años después, de un gobierno alternativo. Los municipios que habían apoyado a la Cristiada y a la Unión Nacional Sinarquista (UNR) ahora se volvieron bastiones electorales del PAN.

⁹⁸ John Womack, *op. cit.*, cap. 10.

⁹⁹ Esta observación se apoya en mi experiencia de seis años de vivir en el estado de Texas, donde los patriotismos —a veces los chovinismos— estatal y nacional coexisten felizmente y se nutren mutuamente. Por supuesto, había una coyuntura —hace unos 150 años— cuando no fue así y Texas buscó salir de la Unión. Hoy en día hay varios estados-nación donde las demandas autonomistas y hasta separatistas son muy fuertes: Bélgica, España, Gran Bretaña. Pero México, a mi modo de ver, no pertenece a ese grupo.

¹⁰⁰ Hacia la década de 1930, recuerda un ixtepejano, “el pueblo ya ha aprendido lo que pasa por estar contra el gobierno”: Michael Kearney, *op. cit.*, p. 61.

Mientras tanto, otras comunidades que también se habían enfrentado a la Revolución alcanzaron una suerte de acomodamiento. Después de 1946 la poderosa burguesía del noreste, basada en Monterrey, mejoró sus relaciones con el Partido Revolucionario Institucional (PRI) —un PRI más conservador y menos hostil a las grandes empresas que el Partido de la Revolución Mexicana (PRM). Las elites oaxaqueñas hicieron lo mismo —a su manera— manteniendo así sus cacicazgos bajo el gran paraguas del priísmo. Como sugieren estos casos el PRI tuvo éxito no por medio de la creación de un partido totalitario o monolítico al estilo del Partido Comunista de la Unión Soviética, sino debido a su capacidad para acomodar una amplia gama de intereses, incluso intereses locales y provinciales, dentro de una enorme carpa político-corporativa, donde el mástil central era el clientelismo, cuya robusta lona resistió el mal tiempo económico, y sobre la cual ondeaba el tricolor del nacionalismo revolucionario.

Por supuesto hubo desafíos (por parte de aquéllos fuera de la carpa), incluso desafíos locales y provinciales: elecciones reñidas y tumultos locales en Oaxaca; movimientos cívicos en San Luis y Guerrero; y el lento crecimiento del PAN, especialmente en los lejanos estados de Yucatán, Sonora y Baja California, donde el partido blanquiazul se nutría de antiguas tendencias anticentralistas.¹⁰¹ Después de 1980 el tiempo económico empeoró, la carpa comenzó a hacer agua, y el PRI entró en su declinación y caída (parcial). Ahora, la variedad espacial y comunal de México quedó expuesta a la luz, no obstante tantas décadas de crecimiento económico y “modernización”. El norte y el centro-occidente apoyó al PAN. La ciudad de México y parte del sur respaldó al Partido de la Revolución Democrática (PRD, en cierto sentido, la exizquierda populista del PRI). En las sierras de Oaxaca el régimen de usos y costumbres permitió que las prácticas tradicionales emergieran por detrás de la fachada del PRI; Juchitán produjo otra muestra de su característico radicalismo étnico, y, más allá del Istmo, una nueva forma de política de base se plasmó en la selva lacandona. A través del país la reforma política cedió algo de poder y de recursos a los municipios y, más claramente, el debilitamiento de la presidencia cambió el balance en favor de los gobernadores de los

¹⁰¹ Carlos Martínez Assad, *op. cit.*, p. 165, ofrece un buen resumen.

estados quienes, como sus predecesores de los años veinte, se volvieron actores importantes en sus propios estados, capaces también de influir en la selección y las campañas de los candidatos presidenciales.

Muchas veces, cuando estudiamos la historia, miramos cadáveres que, aunque puedan ser interesantes, tienen poca relevancia para la actualidad (salvo, quizás, en términos de analogías distantes), pero el estudio de las unidades subnacionales mexicanas —de todos los estados, las regiones y los municipios que forman parte de esta nación tan compleja y variada— revela ciertas continuidades notables y quizás inesperadas, continuidades que ni el crecimiento económico, ni el cambio social, ni los 71 años del régimen priísta pudieron borrar. Ernest Gruening, un perspicaz observador de México en los años veinte, sostuvo que “la continuidad es el meollo de la historia de México bajo todos los cambiantes sucesos superficiales”.¹⁰² En cierto sentido, Gruening obviamente se equivocó: la Revolución de 1910 cambió muchas cosas, incluso el sistema político del país; desde ese entonces ha habido transformaciones socioeconómicas importantes (la urbanización, la industrialización, la alfabetización, el crecimiento demográfico) y, desde los años ochenta, México ha experimentado un proceso de democratización real. Pero, en cuanto a los “muchos Méxicos” del Porfiriato y de la Revolución, la observación de Gruening tiene mérito. El carácter de las unidades subnacionales puede haber cambiado, pero su compleja relación permanece. Todavía, México es muchos Méxicos y, para bien o para mal,¹⁰³ hoy en día los muchos Méxicos tienen voz y voto como nunca antes en su larga historia.

¹⁰² Ernest Gruening, *op. cit.*, p. X.

¹⁰³ Se necesita cierta cautela. Muchas veces se asume que, conforme la moda ideológica actual (“neo-liberal”, democrático, progresivo, pro-mercado), la devolución y la descentralización políticas son bienes indiscutibles, que conllevan al “empoderamiento” (en inglés, *empowerment*) de las regiones, de los municipios, y por tanto de los ciudadanos. Sin embargo, como lo demuestra el estudio de la Revolución Mexicana —y el debate actual sobre usos y costumbres sugiere— la descentralización (y el debilitamiento del gobierno federal) no siempre conlleva resultados tan democráticos o progresivos. Las consecuencias de la descentralización dependen mucho de quiénes son los beneficiarios. Tanto en los años 1860 como en los 1960, la descentralización —y el debilitamiento del gobierno federal— en los Estados Unidos no trajo resultados muy democráticos o progresivos.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS